

Privación

Lizbeth Limón García

En la bruma regular el tiempo se dilata y no sé qué puedo hacer para dejar de buscar las horas y pretender que ya es tarde y pueda dormirme. Me urge terminar el día, no he perdido nada y, sobre todo, no he añadido nada. Qué gana la mía de perder el sabor, las risas, hasta los lamentos. Tengo un dolor de cuello que me pica y se estira como una cuerda extremadamente tensa que aprisiona mi silencio. El pecho se me agita sin mi consentimiento, las manos se me tornan tan frías y los ojos, igual. He buscado en vano un estarse quieto, pero cuándo lo he estado. Al menos dormida, en ocasiones lo estoy, otras veces, de ninguna manera. La única diferencia es que ya no me aterran mis pesadillas, ya no lo son. Simplemente las veo, las junto y las guardo. Son dibujos sin trazar. Me gustaría trazar la figura monumental que viene a atormentarme, su ruido, sus pasos secos y profundos, como golpes de árbol ante la tempestad que se desploma. La figura no tiene voz, pero algo en su estar me dice: falta, falta algo mucho peor, algo más grande que ya vendrá. Entonces todo cae y son figuras colosales que se juntan en un círculo bajo un techo azul profundo, que es el cielo de noche y sin estrellas, ni una sola. Apenas si alcanzo a ver el gris de sus extremidades enormes, se sienten como titanes que recién rompen su cautiverio. Yo no sé qué diablos los trae, pero vienen. De pronto el suelo se disuelve en un mar rojo y naranja, con dibujos de caricaturas, música y resplandor. No sé en qué parte de ese sueño he despertado, pero recuerdo que una mujer me muestra en su cuello escritos varios números que no puedo recordar, pero que se tratan de algo que sigue, que falta.